

Lo que llama la atención en un primer momento —como ha puesto de relieve un estudioso de este material, Dictino Álvarez—<sup>6</sup> es el aprecio que tenía por este medio de relación con los amigos y escritores de su tiempo. De una persona bohemia, enferma y constantemente en movimiento —sus viajes entre América y Europa, y de un país a otro, parece que no le dejaban respiro— cabría esperar que se hubiera dispersado semejante correspondencia, pero la sorpresa saltaba ante quienes, siguiendo sus pasos por España, se trasladaron al pueblecito abulense de Navalsauz. Allí, en la casa de quien fuera su compañera de muchos años y madre de su hijo Rubencito, se conservaba perfectamente ordenado en carpetas todo el arsenal epistolar (incluidas las copias de las cartas que dirigió a sus corresponsales).

Tan metódica disposición permitió a su fraternal amigo y editor de las obras completas, Alberto Ghirardo, recoger algunas de las más destacadas misivas para el volumen de epistolario que, con el número XIII, incluyó en su divulgada edición. Y permitió asimismo que Dictino Álvarez compusiera una tesis doctoral en torno a la biografía del poeta y los contactos con los intelectuales amigos, basada en los papeles inéditos que pusieron a su disposición. Tal archivo (unos siete mil documentos, en su mayoría cartas) fue donado por Francisca Sánchez al Estado a cambio de una pensión vitalicia que se encargó de tramitar el matrimonio compuesto por Antonio Oliver Belmás y Carmen Conde y trasladado por ellos mismos a Madrid el 25 de octubre de 1956, fecha singular porque coincidió con la concesión del premio Nobel de Literatura a un poeta español que también se carteaba con Rubén Darío: Juan Ramón Jiménez.

No conocemos una edición completa de todo este epistolario —lo que, sin duda, resultaría de utilidad a los numerosos estudiosos del máximo representante del modernismo—, pero estos papeles han sido repasados por sus biógrafos y anotadores de sus obras, porque en la mayoría de las ediciones actuales de sus libros aparecen referencias a explicaciones, confidencias o noticias que se contienen en las cartas. Ello denota el interés de que están dotadas y exigirían su publicación sistematizada en aras de la facilidad de su utilización. «Los biógrafos de Rubén Darío, a la luz de estos nuevos documentos, tendrán que rehacer su semblanza y retocar su perfil psicológico...», escribía alborozado Dictino Álvarez, deslumbrado por el hallazgo.

Han ido apareciendo epistolarios parciales que nos acercan al conocimiento de su personalidad y la de sus corresponsales, entre los que se encuentran Valle-Inclán, los hermanos Machado, Pérez de Ayala, Pardo Bazán, Alberto Insúa, Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Villaespesa, Alejandro Sawa, Martínez Sierra y los amigos mallorquines Alomar, Alcover y Juan Sureda. De todos ellos es posible extraer datos y opiniones de valor.

Casi las primeras cartas en ser divulgadas fueron las cruzadas con don Miguel de Unamuno, no sé yo si en vida todavía del rector salmanticense. Durante muchos años las misivas de uno y otro buscaron las manos del amigo a quien se dirigían y, aunque al parecer no se encontraron jamás, el intercambio de opiniones les resultaba fructífero y les espoleaba en sus trabajos. Rubén Darío le escribe desde Madrid, desde París, des-

<sup>6</sup> *Dictino Álvarez: Cartas de Rubén Darío (Epistolario inédito del poeta con sus amigos españoles)*. Madrid, Taurus, 1963.

de América. Le pide sus libros y le anuncia el envío de los suyos. Comentan artículos que se han leído (en la prensa argentina, sobre todo) y se incitan a responder a esto o aquello (contra esto y aquello habría que decir unamunianamente).

Y, sin embargo, el genio de los dos poetas chocó con un cierto estrépito, como se pone de manifiesto en las primeras misivas, allá por el último año del pasado siglo. Ambos cruzaron las armas, pero las palabras —las cartas, en este caso— aunque salieran airadas pueden trocarse en amistosas a poca buena voluntad que pongan los contendientes. Observemos la filigrana conceptual que dibuja Unamuno sobre el papel para dar paso a la amistad que en adelante quedará sellada entre los dos:

He de decirle, ante todo, que estoy conforme en cuanto en su artículo expone, y que creyendo tener yo razón creo que usted la tiene, cada cual la suya. Siempre me pasa que doy la razón a los que rebaten algún aserto mío. Quisiera pensar cada día de diferente modo, y reclamo el derecho a contradecirme. Lo que menos deseo es que los demás piensen como yo, porque acabaría por encontrarme solo en el mundo. Siendo cada cual como es, todos diferentes, y pensando según seamos, nos entenderemos mejor...

Las confesiones se sucederán después en este intercambio epistolar y algunas tendrán su importancia para entender al poeta de Nicaragua: «En cuanto a mí, le agradezco sus amables juicios, pero creo ser un desconocido suyo igualmente. Le confesaré, desde luego, que no me creo escritor americano... Mucho menos soy castellano. Yo, ¿le confesaré con rubor?, no pienso en castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso *ideográficamente*; de ahí que mi obra no sea castiza. Hablo de mis libros últimos. Pues los primeros, hasta *Azul*, proceden de innegable cepa española, al menos en su forma» (1899).

Así podríamos continuar con una selección de párrafos significativos, porque los hay en abundancia, sobre todo por parte de Unamuno, quien siempre, con unos y con otros, se vertía torrencialmente en las cartas. Por otros corresponsales llegamos al conocimiento de ciertos detalles, no menos significativos de su bohemio comportamiento. Alejandro Sawa, por ejemplo, le reclama en una ocasión (1908) el pago de ocho colaboraciones que escribió a petición de Rubén Darío y que éste publicó con su firma en el diario *La Nación*, de Buenos Aires. «No te extrañe que en caso de insolvencia por tu parte lleve el asunto a los Tribunales y dé cuenta a *La Nación* y a tu Gobierno de lo que me pasa —le amenaza Sawa—. Yo lo haré todo y lo intentaré todo por rectificar esas anomalías de su conducta». Hubo acuerdo, al final, y no debió guardarle rencor el nicaragüense, puesto que después continúa aceptando sus sablazos y escribió el prólogo a su libro póstumo *Iluminaciones en la sombra*.

En otros epistolarios, de autores coetáneos suyos, encontramos también curiosas referencias a su persona y obra. Juan Valera demuestra el interés que siente por él —una crítica suya al libro *Azul* había contribuido a darle celebridad en la península— en las misivas que se cruza con Menéndez Pelayo. En el verano de 1892, cuando Rubén Darío visita España como secretario de la delegación que su Gobierno envía para los actos conmemorativos del cuarto centenario, Valera le aguarda con ilusión, como confiesa en una carta: «Rubén Darío, tal vez el mejor y más original autor que hay ahora en América, está ya en España. Supongo que andará viendo ciudades y aún no habrá venido a Madrid, pues o hubiera acudido a verme a mi casa o yo, que le he buscado por

las fondas, hubiera ya dado con él» (agosto de 1892). Más piropos en una carta del mes siguiente: «Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día... Ni afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado».

Es curioso contrastar tales lindezas como le dedica (y no directamente, por lo que no puede tratarse de un halago interesado) con otras páginas escritas de su mano, que no resultan tan favorables para el estro poético del nicaragüense. A Salvador Rueda le aconseja que se aparte de los propósitos a que le induce Rubén Darío en el pórtico de su libro *En tropel*: «Huya de las *bacantes modernas* que despiertan las *locas lujurias*; no busque los labios *quemantes* de *humanas sirenas*, arroje al suelo el yelmo de acero, el *broncíneo olifante* y todos los demás trastos que su amigo le regala...» ¿No habíamos quedado que no había afectación ni esfuerzo en los versos de Rubén Darío, sino que todo era natural y espontáneo?

Aludamos, por último, a una muestra más de predilección hacia el género epistolar por parte de nuestro poeta: las cartas líricas que dirige a varios amigos y que se contienen en un volumen de sus obras completas<sup>7</sup>. Son las epístolas que dedica a Juan Montalvo, Emilio Ferrari y Ricardo Contreras.

Pero hay más: en *El canto errante* se incluye la «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones», que constituye una verdadera carta en verso, en la que le da noticia de sus andanzas y del estado anímico en que se encontraba durante una temporada especialmente ingrata en la que hubo de buscar el sosiego que secularmente proporciona la «isla de la calma», Mallorca.

Me recetan que no haga nada ni piense nada,  
que me retire al campo a ver la madrugada...

pero tiene que ganarse la vida, porque el médico que le aconseja descanso para su neurastenia hubiera hecho mejor en recetarle un libro de cheques del *Crédit Lyonnais*,

y envíe un automóvil devorador del viento,  
en el cual se pasea mi egregio aburrimiento.

La visión de la mayor de las Baleares es colorista, cariñosa e intimista: una de las mejores descripciones poéticas que se le han hecho, al tiempo que ofrece toda la información sobre el reposo que ha venido a buscar en este invierno de 1906.

### 3. Miguel de Unamuno: una pasión que se transmite en las cartas

Ese fuego con que parecen estar escritas la mayoría de las obras de Unamuno crepita con el mismo ardor en las comunicaciones privadas. No era pose, en absoluto: el genio que llevaba a sostener posiciones beligerantes —a veces contradictorias— y que le mantuvo en tensión casi hasta el momento de su muerte surge con fuerza en los escritos periodísticos, en la actividad académica, en sus tomas de posición política, en variados

<sup>7</sup> *Rubén Darío: Obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo y Andrés González-Blanco. Tomo II: Epístolas y poemas, 1923-1929.*

episodios de su polémica existencia. Nunca expresa aquiescencia pancista: hasta en un acto popular, donde todos suelen lanzar panegíricos encendidos y amables, como fueron los Juegos Florales de la Lengua Vasca (1901), hubo que escucharle una opinión sobre el vascuence muy distinta de las loas que organizadores y simpatizantes estaban acostumbrados a oír.

Naturalmente, ese ímpetu lo trasladaba de igual modo a las cartas. Son escritos largos, profundos, que descubren girones de su alma y que desafía las conveniencias y los oportunismos. No se calla cuando cree tener razón, aunque su educación consienta concesiones (lo hemos visto en el encontronazo que dio origen a su correspondencia con Rubén Darío y que a partir de ahí transformará las prevenciones en cordial amistad). Casi siempre se expresa torrencialmente y no hay contención para las alabanzas a lo que admira ni para los denuosos a lo que rechaza.

Muchas de las misivas de Unamuno se han ido publicando, desde una hora bien temprana. Las han recogido Carmen de Zulueta, Sergio Fernández Larraín, José Ramón Arana (las de Antonio Machado), Blanco-Fombona, Angel Marcos de Dios (corresponsales portugueses), amén de otros a los que nos vamos a referir por extenso. Pero carece Unamuno de una edición completa y anotada de su extenso y riquísimo epistolario. En su Casa-Museo de Salamanca deben conservarse todavía una buena porción de inéditos.

No es fácil escoger los párrafos más significativos, porque cada uno de ellos es revelador de una singular manera de ser, un caudal de informaciones sobre sus actividades y un posicionamiento ante las graves cuestiones que sacudían su ánimo, ya que nada parece que le dejara indiferente.

En la correspondencia con Francisco Giner, no edita hasta entonces y que comenta Gómez Molleda<sup>8</sup>, se recoge el intercambio efectuado en la primera etapa rectoral del primero (1899-1914), donde se ofrecen las claves de la labor académica y social que se había impuesto, al tiempo que comenta otras actividades de esta época (por ejemplo, su temporal adscripción al socialismo), tal como iba confesando a su amigo Pedro Múgica. En una de ellas efectúa afirmaciones como las que siguen:

Soy socialista convencido, pero, amigo, los que aquí figuran como tales son intratables, fanáticos, necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerantes, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y a los servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo, en fin, que de todo tienen menos de sentido social. A mí empiezan a llamarme místico, idealista y qué sé yo cuántas cosas más. Me incomodé cuando les oí la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo. Tienen el alma seca, muy seca, es el suyo socialismo de exclusión, de envidia y de guerra y no de inclusión, de amor y de paz. ¡Pobre ideal!, en qué manos anda el pandero. (1895).

No menos interesante es el contenido de las cartas de Unamuno que volaban hasta la residencia del joven José Ortega, en Madrid y en Alemania, que han vuelto a publicarse ahora en una edición prácticamente definitiva<sup>9</sup>. «Ay querido Ortega! si viese usted qué tristezas, qué desengaños, qué desdenes se me van posando en el alma? Quieren hacerme político!!! Ir ahí, a Madrid? A ese indecente, a ese bochornoso, a ese indo-

<sup>8</sup> Dolores Gómez Molleda: Unamuno «agitador de espíritus» y Giner. Madrid, Narcea, 1977.

<sup>9</sup> Epistolario completo Ortega-Unamuno. Edición de Laureano Robles. Madrid, Ediciones El Arquero, 1987.

lente, a ese repulsivo Madrid? A esa cueva de políticos, estetas, chulos, pedantes, cómicos y periodistas?» (1908). «Chapúcese en su cristianismo originario español, por ilógico y caótico que sea —le aconsejará en 1911—, y lávese en él de toda filosofía saducea que tiende a borrar el único problema, el único! Memento mori!».

De este tenor es la comunicación que establecieron aquellos dos sabios y amigos, a pesar de la edad, entre 1904 y 1933 (son las fechas extremas en las cartas conservadas). Comentarios de actualidad, noticias personales, consultas y disquisiciones filosóficas: un centón de datos de interés y de valiosas opiniones sobre cuestiones y personas bien diversas.

Las últimas cartas de su vida, las que escribió en los meses transcurridos desde el levantamiento militar contra la República hasta el día de su muerte, ocurrida el 31 de diciembre de un año tan infausto como el de 1936, descubren todo el dolor con que agonizó, más que vivió, en este tiempo. Y, también, los contradictorios sentimientos que le invadieron, que si bien no los escondió en escritos y declaraciones públicas, es en las misivas personales donde se ponen de manifiesto con mayor relieve.

González Egido ha rastreado su actividad en tales meses<sup>10</sup> y descubre textos epistolares que revelan un estado de ánimo sacudido por la tormenta atroz que se abatió sobre España y que aventó vidas y esperanzas. En cada momento dice de corazón lo que piensa y siente. El 10 de agosto proclama su apoyo a los nacionalistas en carta a un socialista belga: «No me abochorna confesar que me he equivocado. Lo que lamento es haber engañado a otros muchos. De esto quiero dejar constancia y si entraña una humillación, la aceptaré». Pero en el mes de diciembre, desengañado y hundido, prácticamente en arresto domiciliario, su postura es beligerante contra la represión que se desencadenó en la zona franquista y la expresa abiertamente a los amigos, desafiando la censura impuesta sobre el correo: «Qué cándido y qué ligero anduve al adherirme al movimiento de Franco, sin contar con los otros, y fiado —como sigo estándolo— en este supuesto caudillo (...). Así nunca llegará la paz verdadera. Vencerán, pero no convencerán, conquistarán, pero no convertirán».

¡Qué terribles confesiones, una y otra, para este anciano, que sigue escribiendo las apasionadas cartas de siempre, cuando ya se encuentra a pocos días de su muerte!

Estos sentimientos que inundaban su alma y necesitaba desfogar en las cuartillas, no llegaron a los libros ni a los artículos de prensa. No los pudo volcar en ningún discurso ni se escucharon en ninguna de sus clases. Los confió al correo para que sus entrañables amigos supieran de verdad lo que pensaba, lo que ardía en sus entrañas.

Gracias a que escribió tales cartas y a que personas queridas conservaron como un tesoro tales desahogos, hoy conocemos los testimonios más íntimos de su pensar y sentir.

Éste es el valor de las cartas, de todas las cartas. De ahí la necesidad de conservarlas y de estudiarlas para llegar al más amplio conocimiento de quienes un día se confesaron ante las humildes y receptivas cuartillas.

**Juan Cantavella**

<sup>10</sup> Luciano González Egido: *Agonizar en Salamanca. Madrid, Alianza Editorial, 1986.*